

Primero del lado de la fisiología. Esta nos ha proporcionado el concepto del estímulo y el esquema del reflejo, de acuerdo con el cual un estímulo aportado al tejido vivo (a la sustancia nerviosa) desde afuera es descargado hacia afuera mediante una acción. Esta acción es «acorde al fin», por el hecho de que sustrae a la sustancia estimulada de la influencia del estímulo, la aleja del radio en que este opera.

Ahora bien, ¿qué relación mantiene la «pulsión» con el «estímulo»? Nada nos impide subsumir el concepto de pulsión bajo el de estímulo: la pulsión sería un estímulo para lo psíquico. Pero enseguida advertimos que (no) hemos de equiparar pulsión y estímulo psíquico. Es evidente que para lo psíquico existen otros estímulos que los pulsionales: los que se comportan de manera muy parecida a los estímulos fisiológicos. Por ejemplo, si una fuerte luz hiere el ojo, no es ese un estímulo pulsional; sí lo es el sentir sequedad en la mucosa de la garganta o acidez en la mucosa estomacal.<sup>2</sup>

Ahora hemos obtenido material para distinguir entre estímulos pulsionales y otros estímulos (fisiológicos) que influyen sobre el alma. En primer lugar: El estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo. Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo. Además: Todo lo esencial respecto del estímulo está dicho si suponemos que opera de un solo golpe; por tanto, se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo. Desde luego que tales golpes pueden también repetirse y sumarse, pero esto en nada modifica la concepción del hecho ni las condiciones que presiden la supresión del estímulo. La pulsión, en cambio, no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza constante. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida de nada puede valer contra ella. Será mejor que llamemos «necesidad» al estímulo pulsional; lo que cancela esta necesidad es la «satisfacción». Esta sólo puede alcanzarse mediante una modificación apropiada a la meta (adecuada), de la fuente interior de estímulo.

Imaginemos un ser vivo casi por completo inerte, no orientado todavía en el mundo, que captura estímulos en su sustancia nerviosa.<sup>3</sup> Este ser muy pronto se halla en condi-

ciones de establecer un primer distingo y de adquirir una primera orientación. Por una parte, registra estímulos de los que puede sustraerse mediante una acción muscular (huida), y a estos los imputa a un mundo exterior; pero, por otra parte, registra otros estímulos frente a los cuales una acción así resulta inútil, pues conservan su carácter de esfuerzo {Drang} constante; estos estímulos son la marca de un mundo interior, el testimonio de unas necesidades pulsionales. La sustancia percipiente del ser vivo habrá adquirido así, en la eficacia de su actividad muscular, un asidero para separar un «afuera» de un «adentro».<sup>4</sup>

Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida. Ahora bien, en el curso de esas elucidaciones no pudo menos que saltarnos a la vista algo que nos impone otra admisión. No sólo aportamos a nuestro material empírico ciertas convenciones en calidad de conceptos básicos, sino que nos servimos de muchas (premisas) complejas para guiarnos en la elaboración del mundo de los fenómenos psicológicos. Ya mencionamos la más importante de ellas; sólo nos resta destacarla de manera expresa. Es de naturaleza biológica, trabaja con el concepto de (tendencia) (eventualmente, el de la condición de adecuado a fines) y dice: El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo.<sup>5</sup> Que no nos escandalice por ahora la imprecisión de esta idea, y atribuyamos al sistema nervioso el cometido (dicho en términos generales) de dominar los es-

trabajos psicológicos muy tempranos de Freud. Véase, por ejemplo, el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 557 y sigs., 588 y sigs.; pero antes todavía se las había expresado en términos neurológicos en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a), AE, 1, págs. 340-1, así como también —más brevemente— en la conferencia intitulada «Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos» (1893b) y en el artículo escrito en francés acerca de las parálisis histéricas (1893c). Freud volvió nuevamente a esta hipótesis en *Más allá del principio de placer* (1920g), AE, 18, págs. 1 y sigs., 26 y sigs.; y la reconsideró en «El problema económico del masoquismo» (1924c), AE, 19, págs. 165 y sigs. Cf. la nota 6.]

<sup>4</sup> [Cf. *infra*, págs. 128 y sigs. Freud volvió a ocuparse del tema en su artículo sobre «La negación» (1925b), AE, 19, pág. 255, y en el capítulo I de *El malestar en la cultura* (1930a), AE, 21, pág. 68.]

<sup>5</sup> [Este es el «principio de constancia». Cf. la nota 3.]

<sup>2</sup> Suponiendo, desde luego, que estos procesos internos sean las bases orgánicas de las necesidades de la sed y el hambre.

<sup>3</sup> [La hipótesis que sigue, relativa a la conducta de un organismo vivo primitivo, y la postulación de un «principio de constancia» fundamental habían sido enunciadas en términos similares en algunos